

1-50

[Recogido en "El copayo 1 de la muerte."]

Juan Manso. Cuento de muertos

("El Nervión", Bilbao 22 mayo 1892).

suplemento lite -  
rario E



1-50

# JUAN MANSO

## Cuento de muertos

Y va de cuento.

Era Juan Manso en esta pícara tierra un bendito de Dios, un mosquita muerta que en su vida rompió un plato. De niño, cuando jugaban al burro sus compañeros, de burro hacía él; más tarde fué el confidente de los amoríos de sus camaradas, y cuando llegó á hombre hecho y derecho le saludaban sus conocidos con un cariñoso: adios, Juanito!

Su máxima suprema fué siempre la del chino: no comprometerse y arrimarse al sol que más calienta.

Aborrecía la política, odiaba los negocios, repugnaba todo lo que pudiera turbar la calma chicha de su espíritu.

Vivía de unas rentillas, consumiéndolas íntegras y conservando entero el capital. Era bastante devoto, no llevaba la contraria á nadie y como pensaba mal de todo el mundo, de todos hablaba bien.

Si le hablabas de política, decía:

—Yo no soy nada, ni fú ni fá, lo mismo me dá Rey que Roque, soy un pobre pecador que quiere vivir en paz con todo el mundo.

No le valió, sin embargo, su mansedumbre y al cabo se murió, que fué el único acto comprometedor que efectuó en su vida.

Un ángel armado de flamígero espadón hacía el apartado de las almas, fijándose en el señuelo con que las marcaban en un registro ó aduana por donde tenían que pasar al salir del mundo y donde, á modo de mesa electoral, ángeles y demonios, en amor y compañía, escudriñaban los papeles por si venían en regla.

La entrada al registro parecía taquilla de expenduría en día de corrida mayor. Era tal el remolino de gente, tantos los empellones, tanta la prisa que tenían todos por conocer su destino eterno y tal el barullo que imprecaciones, ruegos, denuestos y disculpas en las mil y un lenguas, dialectos y jergas del mundo armaban, que Juan Manso se dijo:



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

4.5.2/29

1-50



—¿Quién me manda meterme en lios? Aquí debe de haber hombres muy brutos.

Esto lo dijo para el cuello de su camisa no fuera que se lo oyeran.

El caso es que el ángel del flamígero espadón maldito el caso que hizo de él, y así pudo colarse camino de la gloria.

Iba solo y pian pianito. De vez en vez pasaban alegres grupos, cantando letanias y bailando á más y mejor algunos, cosa que le pareció poco decente en futuros bienaventurados.

Cuando llegó al alto se encontró con una larga cola de gente á lo largo de las t. pias del paraíso, y unos cuantos ángeles que cuai *quindillas* en la tierra, velaban por el orden.

Colócase Juan Manso á la cola de la cola. A poco llegó un humilde franciscano y tal maña se dió, tan conmovedoras razones adujo sobre la prisa que le corría por entrar cuanto antes, que nuestro Juan Manso le cedió su puesto diciéndose:

—Bueno es hacerse amigos, hasta en la gloria eterna,

El que vino despues, que ya no era franciscano, no quiso ser menos y sucedió lo mismo.

En resolcion, no hubo alma piadosa que no birlara el puesto á Juan Manso, la fama de cuya manse-dumbre corrió por toda la cola y se trasmitió como tradicion flotante sobre el continuo fluir de gentes por ella. Y Juan Manso esclavo de su buena fama.

Así pasaron siglos al parecer de Juan Manso, que no menos tiempo era preciso para que el corderito empezara á perder la paciencia. Topó por fin cierto dia con un santo y sabio obispo, que resultó ser tataranieto de un hermano de Manso. Expuso este sus quejas á su tatarasobrino y el santo y sábio obispo le ofreció interceder por él junto al Eterno Padre, promesa en cuyo cambio cedió Juan su puesto al obispo santo y sabio.

Entró este en la gloria y como era de rigor, fué derecho á ofrecer sus respetos al Padre Eterno. Cuando hubo rematado el discursillo, que oyó el Omnipotente distraido, díjole éste:

—¿No traes postdata?—mientras sondeaba el corazon con su mirada.

—¡Señor! permitidme que interceda por uno de sus siervos, que allá, á la cola de la cola...

—Basta de retóricas—dijo el Señor con voz de trueno—¿Juan Manso?

—El mismo, Señor, Juan Manso que...

—¡Bueno, buenol Con su pan se lo coma, y tú no



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES

1.5.2/29

vuelvas á meterte en camisa de once varas.

Y volviéndose al ángel introductor de almas, añadió:

—¡Que pase otro!

Si hubiera algo capaz de turbar la alegría inseparable de un bienaventurado, diríamos que se turbó la del santo y sábio obispo. Pero, por lo menos, movido de piedad, acercóse á las tapias de la gloria, junto á las cuales se extendía la cola, trepó á aquellas y llamando á Juan Manso, le dijo:

—¡Tataratio, cómo lo siento! ¡cómo lo siento, hijito mio! El señor me ha dicho que te lo comas con tu pan y que no vuelva á meterme en camisa de once varas. Pero... ¿sigues todavía en la cola de la cola? Ea, ¡hijito mio! ármate de valor y no vuelvas á ceder tu puesto.

—¡A buena hora mangas verdes!—exclamó Juan Manso, derramando lagrimones como garbanzos.

Era tarde, por que pesaba sobre la tradición fatal, y ni le pedían ya el puesto, sino que se lo tomaban.

Con las orejas gachas abandonó la cola y empezó á recorrer las soledades y baldíos de ultratumba, hasta que topó con un camino donde iba mucha gente, cabizbajos todos. Siguió sus pasos y se halló á las puertas del Purgatorio.

—Aquí será más fácil entrar,—se dijo—y una vez dentro y purificado me expedirán directamente al cielo.

—¿Eh, amigo, á dónde vá?

Volvióse Juan Manso y hallóse cara á cara con un ángel, cubierto con una gorrita de borla, con una pluma de escribir en la oreja, y que le miraba por

encima de las gafas. Después que le hubo examinado de alto á bajo, le hizo dar vuelta, frunció en el entrecejo y le dijo:

—¡Hum, *malorum causa!* Eres gris hasta los tuétanos... temo meterte en nuestra legía, no sea que te derritas. Mejor harás ir al limbo.

—¡Al limbo!

Por primera vez se indignó Juan Manso al oír esto, pues no hay varon tan paciente y sufrido que aguante el que un ángel le trate de tonto de capirote.

Desesperado tomó camino del infierno. No había en este cola ni cosa que lo valga. Era un ancho portalón de donde salían bocanadas de humo espeso y negro y un estrépito infernal. En la puerta un pobre diablo tocaba un organillo y se desgañitaba gritando:

2-50



4.5.2/29



—Pasen ustedes, señores, pasen... aquí verán ustedes la comedia humana... aquí entra el que quiere...

Juan Manso cerró los ojos.

—¡Eh, mocito, alto!—le gritó el pobre diablo.

—¿No dices que entra el que quiere?

—Sí, pero... ya ves,—dijo el pobre diablo poniéndose serio y acariciándose el rabo,—aun nos queda una chispita de conciencia... y la verdad... tú...

—¡Bueno! ¡bueno!—dijo Juan Manso volviéndose porque no podía aguantar el humo.

Y oyó que el diablo decía para su capote:—¡Pobrecillo!

—¡Pobrecillo! Hasta el diablo me compadece.

Desesperado, loco, empezó a recorrer, como tapón de corcho en medio del océano, los inmensos balchós de ultratumba cruzándose de cuando en cuando con el alma de Garibay.

Un día que atraído por el apetitoso olorillo que salía de la gloria, se acercó a las tapias de esta a oler lo que guisaban dentro, vió que el Señor, a eso de la caída de la tarde, salía a tomar el fresco por los jardines del paraíso. Le esperó junto a la tapia y cuando vió su augusta cabeza, albó sus brazos en ademán suplicante y con tono un tanto despechado le dijo:

—¡Señor, señor! ¿no prometiste a los manses vuestro reino?

—Sí, pero a los que embisten, no a los embolados.

Y le volvió la espalda.

Una antiquísima tradición cuenta que el Señor, compadecido de Juan Manso, le permitió volver a este pícaro mundo, que, de nuevo en él, empezó a embestir a diestro y siniestro con toda la intención de un pobrecito infeliz, que muerto segunda vez atropelló la famosa cola y se coló de rondón en el paraíso.

Y que en él no cosa de repetir:

—Milicia es la vida del hombre sobre la tierra!

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, mayo 1897.



1.5.2/29